

ALFONSO DAUDET

CUENTOS ESCOGIDOS

PARA

LA JUVENTUD

VERSIÓN ESPAÑOLA



CUADERNO TERCERO

MADRID
AGUSTIN JUBERA, EDITOR
ALMACENES DE LIBROS
10, CALLE DE CAMPOMANES, 10
1889

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEON
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
Apdo. 1625 MONTERREY, MEXICO

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEON
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
Apdo. 1625 MONTERREY, MEXICO

Es propiedad del Editor.



Las emociones de un perdigón rojo.

Ya sabéis que las perdices viven en sociedad; en bandadas, como dicen los hombres; que anidan juntas en el hueco de los surcos y que levantan el vuelo á la menor alarma, desparramándose como un puñado de grano al ser arrojado sobre la tierra para la siembra.

La bandada de que yo formo parte es alegre y numerosa; tiene su asiento ó parada en un llano á orillas de un gran bosque, y allí se encuentra en ambos lados buen alimento y magnífico abrigo; así es que desde mis primeros días, bien repleto, corría bien, estaba cubierto de buenas plumas y me encontraba muy feliz.

Sin embargo, una cosa turbaba mi alegría, y era esa famosa apertura de la caza, de la que nuestras madres empezaban á hablar entre sí; pero un viejo de nuestra compañía me decía siempre respecto á eso:

— No tengas miedo, Rojito (me llaman así por el color de mi pico y de mis patas); vendrás conmigo el día de la apertura y te aseguro que nada te sucederá.



Es una perdiz muy lista y muy ladina, conociéndose que es vieja solamente en que tiene ya la *herradura* señalada en la pechuga y alguna que otra pluma blanca.

Muy joven aún fué herida en un ala por un granito de plomo, y como eso le ha hecho más pesada, reflexiona mucho antes de volar, procede con calma, y jamás le sucede nada.

Muchas veces me llevaba de paseo hasta la entrada del bosque, y como un día nos parásemos á conversar un rato, cerca de una singular casita medio escondida entre los castaños, muda como una madriguera vacía y siempre cerrada, me dijo:

—Mira bien esa casa, pequeño; cuando veas salir humo por el tejado y observes que las ventanas se hallan abiertas, ten por seguro que el mal tiempo ha empezado para nosotros.

Y no sólo creí en sus palabras, sino que confié en él, pues sabía que no era la primera apertura á que asistía.

Y no hice mal, pues jamás tuve por qué arrepentirme.

Al siguiente día, al alba, oigo que me llaman por lo bajo en el surco:

—¡Rojito, Rojito!

Era el viejo.

Sus ojos brillaban extraordinariamente.

—Ven pronto, me dijo, y haz lo que me veas hacer.

Le seguí medio adormilado, escuriéndome por entre los terrones, sin volar, casi sin saltar, como un ratón.

Ibamos en dirección al bosque, y al pasar ví que salía humo por la chimenea de la casita, y que, delante de la puerta, abierta de par en par, estaban reunidos unos cuantos cazadores rodeados de perros que saltaban y ladraban.

Al pasar cerca de ellos, oí que uno de los cazadores decía:

—Hoy cazaremos en el llano, y entraremos en el bosque después de almorzar.

Estas palabras me impresionaron bastante, y comprendí entonces el afán de mi viejo guía por llevarme debajo de los árboles. Quise tranquilizarme tratando de mostrarme tan sereno como mi compañero; pero mi corazón latía fuertemente pensando en nuestros pobres amigos.

De repente, y antes de que llegáramos á la orilla, los perros echaron á

correr hacia nosotros.

—¡Acurrúcate, acurrúcate! me dijo el viejo, haciéndolo él á su vez.

En aquel momento, y á diez pasos de distancia, una codorniz asustada abrió sus alas y su pico, y se elevó lanzando un grito de terror. Oí entonces un ruido formidable, y mi mentor y yo nos vimos envueltos en una especie de nube que despedía un olor extraño, y que era blanca y muy caliente, aun cuando aquel calor no provenía del sol, pues apenas asomaba éste por el horizonte.

Era un tiro.

Un miedo terrible se apoderó de todo mi ser, y á pesar de las excitaciones de mi compañero, no podía dar un paso.

Felizmente, entrábamos ya en el bosque.

Al llegar á él, el viejo preceptor se acurrucó detrás de un roble, me puse á su lado, y quedamos escondidos allí, mirando por entre las hojas.

En la campiña el ruido era horrible.

A cada detonación que oía cerraba yo los ojos, y después, cuando los abría, observaba en aquel llano grande y escueto á los perros que corrían, olfateando entre las hierbas y entre los haces de mies, y dando vueltas como si estuvieran locos. Detrás de éstos, los cazadores juraban y los llamaban, y confieso que agradaba no poco el brillo de las escopetas al sol.

En un momento dado, y en una humareda de las que se cernían en los aires después de cada tiro, me pareció, aun cuando no había ningún árbol en aquella dirección, ver volar algunas hojas; pero mi amigo me dijo que eran plumas, y, en efecto, á cien pasos de nosotros ví caer en un surco una magnífica perdiz gris.

Cuando el sol estuvo alto, muy alto, los tiros cesaron de repente y los cazadores volvieron á la casita, en la que se oía chisporrotear un gran fuego.

Dos hombres que caminaban juntos hacia aquel bosque, hablaban con entusiasmo, discutiendo respecto á quién tenía más destreza, mientras que los perros les seguían cansadísimos y con la lengua fuera...

—Van á almorzar, me dijo mi compañero; hagamos lo mismo.

Y entramos en un pegujal que estaba cerca del bosque; un gran campo de exuberante trigo y salpicado de árboles frutales que exhalaban un olor agradabilísimo. Grandes faisanes de magnífico plumaje picoteaban también allí, bajando su cresta encarnada por miedo de que los divisaran. ¡Ah! Estaban algo menos orgullosos que de costumbre, pues, sin dejar de comer, nos pidieron noticias, deseando saber si alguno de los suyos había perecido.

Mientras tanto, el almuerzo de los cazadores, silencioso en el principio, era cada vez más ruidoso. Oíamos el choque de los vasos y el estampido de las botellas, y el viejo me dijo entonces que era ya tiempo de que volviésemos á nuestro escondrijo.

A aquella hora parecía que todo dormía en el bosque.

La laguna en donde los corzos acostumbraban á beber, estaba completamente desierta; ni un hocico de conejo asomaba por el coto, y sólo se oía un estremecimiento misterioso, como si cada hoja ó cada mata de hierba ocultara una vida en peligro.

En los bosques, la caza menor, como dicen los aficionados á ese detestable ejercicio, tiene muchos escondites; las madrigueras, los matorrales, los haces de leña, las malezas, las zanjas; y confieso que me hubiese alegrado encontrarme en una de esas últimas, pero mi compañero prefería estar al descubierto, ver desde lejos y tener libre espacio. Hicimos bien en quedarnos allí, pues los cazadores entraban ya en el bosque.

¡Oh! jamás olvidaré los primeros tiros que oí en el monte; no me impresionaron tanto los que escuché en las tierras de sembradío.

Aquellos tiros entre los árboles agujereaban las hojas como el granizo en Abril y señalaban la corteza de los árboles. Un conejo murió, arrancando manojos de hierba en las ansias de la muerte. Una ardilla cayó de un castaño, y con ella algunas castañas verdes todavía. Dos ó tres faisanes echaron á volar, y las detonaciones, allí más ruidosas que en el llano, despertaron y asusta-

ron á todos cuantos vivían en el bosque.

Hasta un escarabajo salió de su agujero para ver lo que sucedía. Un pequeño saltamonte vino á posarse muy cerca de mí, pero estaba yo demasiado preocupado para aprovecharme de la ocasión que se me presentaba, y el animalito se fué sano y salvo.

Mi viejo compañero conservaba siempre la misma calma.

Toda su atención se concentraba en los ladridos de los perros y en los tiros; cuando se acercaban, me hacía una seña y nos íbamos más lejos, á fin de ponernos fuera del alcance del olfato de aquellos malhadados canes, cuya raza Dios confunda, y nos escondíamos agazapados entre el follaje.

Hubo, sin embargo, un momento en que creí que estábamos perdidos, pues el sendero que teníamos que atravesar estaba guardado en cada uno de sus extremos por un cazador en acecho. El de la derecha era un mozo alto, con grandes patillas negras y pertrechado de cuantos artefactos han inventado para la caza; cuchillo de monte, cartuchera, caja de pólvora, capsulera, morral de redecilla, holgados guantes de gamuza, etc., sin contar unas grandes polainas que le subían por cima de la rodilla y le hacían parecer más alto aún. El de la izquierda era un viejecito apoyado contra el tronco de un árbol y fumando tranquilamente su pipa, guiñando los ojos como si tuviera sueño.

Este no me daba miedo; pero el otro... me infundía respeto.

—No lo entiendes, Rojito, me dijo riendo mi compañero.

Y sin temor alguno, con las alas muy desplegadas, voló casi entre las piernas del terrible cazador de las patillas.

Lo cierto es que el pobre mozo estaba tan incómodo con todo lo que tenía encima y tan ocupado en admirarse de arriba abajo, que cuando preparó su escopeta estábamos ya fuera de alcance.

¡Ah! ¡Si los cazadores supiesen, cuando se encuentran en el rincón de algún bosque, cuántos ojitos los miran á través de los matorrales, y cuántos picos detienen la risa al verles tan torpes!...

Volábamos siempre, y como no tenía yo otra cosa mejor que hacer, arre-

glaba mi marcha á la de mi compañero, siguiendo en todo sus consejos.

Me parece que estoy viendo aún todos los sitios que recorrimos, el coto donde crecía á porfia el brezo y que estaba lleno de madrigueras al pie de los árboles; el senderito verde, en donde mi madre perdiz paseó tantas veces sus polluelos en Mayo, y en el que brincábamos comiendo las hormigas encarnadas que se nos subían por las patas, y recuerdo también que encontrábamos faisánitos de nuestra misma edad que se hacían los orgullosos y no querían jugar con nosotros.

Aquel senderito lo vi precisamente en el momento en que una corza lo atravesaba con los ojos muy abiertos y pronta á dar un salto. Después se presentó ante mi vista la laguna en donde íbamos á beber ó á tomar un baño, en bandadas de treinta ó cuarenta, con igual vuelo y tan rápido, que llegábamos desde la llanura en un minuto.

En medio de dicha laguna había un islote, y en él vegetaba un grupo muy espeso de alisos, en los cuales nos refugiábamos, calculando que era preciso que los perros tuvieran gran olfato para ir á buscarnos allí. No bien hubimos de posarnos y escondernos, cuando llegó un corzo andando con tres patas y dejando detrás de sí una huella sangrienta, produciéndome tanta tristeza el verle así, que escondí mi cabeza entre las hojas; pero le oía beber con tanta avidez, que bien se conocía que el animal estaba abrasado sin duda por la calentura.

El día tocaba á su fin, y notamos con satisfacción grandísima que los tiros, ya lejanos, eran cada vez más raros, hasta que por fin, más tarde, ya no se oyó nada...

Se había acabado la cacería.

Por prudencia, ó, mejor dicho, por precaución, continuamos vigilando con asiduidad, teniendo el oído alerta y el ojo avizor; y cuando el convencimiento de que aquellos malhechores se habían retirado nos devolvió la calma, regresamos muy despacito hacia el llano para saber de nuestros amigos; mas al pasar por delante de la casita de madera vimos un espectáculo espantoso.

En la orilla de una zanja, liebres de pelo rubio y conejitos cenicientos con el rabo blanco, yacían unos al lado de otros, formando montón con varias perdices rojas y grises, que tenían, como mi compañero, la *herradura* señalada en la pechuga, y otras más jóvenes, que llevaban todavía, como yo, plumón debajo de las plumas.

¿Hay en el mundo cosa más triste que ver á un pájaro muerto? Hay tanta viveza en ellos, que se estremece uno viéndolos inmóviles y fríos...

Un gran corzo estaba también allí; parecía dormido y su lengüecita color de rosa, salía de su boca como para lamer.

Y los cazadores, inclinados sobre aquella matanza, contaban las piezas y las amontonaban sin piedad en sus morrales. Los perros, atados ya y dispuestos para emprender la marcha, alzaban aún sus cabezas horripilantes y tomaban vientos, como si quisieran lanzarse de nuevo al bosque.

¡Qué escena más repulsiva era para mí aquella, y cuánto me hizo sufrir! ¡Qué desconsolador y qué sombrío se me representaba el porvenir!

¡Oh! mientras que el sol se ponía en el horizonte, é interin arreglaban todos aquellos hombres, ganosos de descansar, su marcha por los senderos cubiertos del rocío de la noche, yo, con la mirada fija en tan encarnizados enemigos, los maldecía y los aborrecía á todos, hombres y animales... Ni mi compañero ni yo tuvimos el valor de cantar, como lo hacíamos siempre, para despedir al astro del día que se ocultaba.

En nuestro camino hallábamos desgraciados animalitos, muertos por un grano de plomo que no era para ellos y que se quedaban allí para ser pasto de las hormigas.

Pero lo que más compasión inspiraba era el oír en la orilla del bosque, en el límite del prado y allá entre los mimbres de la ribera, llamadas ansiosas, tristes y angustiosas, á las que nada ni nadie contestaba.

Eran los parientes de tanto desgraciado animalito como había perecido á manos de aquellos hombres sin piedad.



LOS PASTELILLOS



I

Un domingo por la mañana, el pastelero Sureau, de la calle de Turena, en París, llamó á su aprendiz y le dijo:

—Aquí tienes los pastelillos del señor Bonnigar; ve á lle-

várselos y vuelve pronto, pues los versalleses, según dicen, han entrado en París.

El chico, que no entendía nada de política, colocó los pastelillos calientes en una tortera, la tortera en una servilleta muy blanca, y poniéndolo todo en equilibrio encima de su gorra de pastelero, echó á correr en dirección á la isla de San Luis, en donde vivía el Sr. Bonnigar.

La mañana era magnífica; un cielo despejado, un ambiente agradabilísimo y un sol de esos que llenan

las fruterías de manojos de lilas y de ramos de cerezas; un día plácido que invita al goce, al ocio, al esparcimiento.

A pesar de los tiros que se oían á lo lejos y de los toques de llamada que

